

PRIMER ENCUENTRO DE ESCRITORES CATALANES

EN Gandia, ciudad de Ausias March y de Joanot Martorell, se celebró los días 5 y 6 de junio el primer "Encontre d'Escriptors Catalans". Claro que, como es de suponer, no fue el primer encuentro entre escritores catalanes desde 1939. De hecho, el escritor catalán que no aceptó la confabulación con el régimen, simbolizada, sobre todo, a través de la primitiva revista *Destino*, ha estado reuniéndose con sus colegas desde la entrada de las tropas franquistas en Barcelona. Una vez más, hay que recordar que todas las instituciones en que había encontrado refugio el escritor catalán antes de 1939 desaparecieron. Y "desaparecer" es aquí sólo un verbo diplomático. Sin ir muy lejos, yo recuerdo una larga excursión de un día, hace apenas tres años y medio, en que sesenta escritores catalanes celebramos una asamblea ambulante, quiero decir dentro del autocar, durante todo el viaje hacia l'Espluga de Francolí, para decidir qué significaba eso de ser "escritor catalán" y para discutir cuáles eran las fórmulas más apropiadas para asociarnos. Escépticos, naturalmente, de cualquier intento de organización legal, decidimos ponernos bajo la tutela "europea" del Pen Club Internacional. Y no sé si por ingenuidad o desconocimiento, no nos dábamos cuenta entonces que el propio Pen Club había sido ya contestado en varios países europeos. Pronto descubriríamos que, por lo menos en Inglaterra, el Pen Club era esto, un club de la pluma anacrónico y apoltronado que no ponía en cuestión hechos elementales como qué significa la industria del libro en un país capitalista o cuáles tienen que ser las relaciones entre el escritor y su sociedad.

Pero el primer "Encontre dels Escriptors Catalans" en Gandia fue, ciertamente, la primera vez en que los escritores nos reuníamos sin dolores de estómago o las eternas miradas de recelo hacia la puerta, esas miradas que se han multiplicado a lo largo y a lo ancho de la geografía del Estado español durante cuarenta años. Bajo la bandera catalana, y con la mirada a veces impasible, a veces ensimismada del delegado gubernativo, más de sesenta escritores de todos los Países Catalanes hemos dialogado sobre la influencia de la cultura catalana en su sociedad, sobre el alcance territorial de la cultura y de la nacionalidad catalana, sobre cómo tiene que ser una asociación de escritores catalanes. El encuentro con escritores del País Valenciano fue para nosotros, escritores del Princi-

pat, muy útil, porque a veces analizamos una amplia y múltiple realidad cultural a través de nuestra estricta situación económica y social.

Presididos por el poeta Vicent Andrés Estellés y por el ensayista Joan Fuster, el encuentro (hay que recordar que *encontre*, según Pompeu Fabra, es, a la vez, reunión y confrontación) fue realmente una muy interesante polémica, cuyos límites no afectan sólo al escritor catalán, sino a todos los ámbitos de la cultura catalana. Si bien es necesario que los escritores que vivimos exclusivamente de la pluma tengamos órganos representativos y democráticos que defiendan

ción en catalán y están dispuestos a defender y mantener el derecho a la oficialidad, en todos los niveles, de la lengua catalana, y su libre uso en todo lugar y momento, y a la ordenación de la cultura de los Países Catalanes, por medio de unos organismos estables autóctonos, creados y dirigidos democráticamente, que dispongan de los recursos de enseñanza, de trabajo, de expresión pública, de financiamiento y de todos los que se deriven del derecho de autodeterminación y configuren el desarrollo pleno de la comunidad nacional catalana". La definición es de por sí polémica. Si nos acostumbramos a deshacernos

con la ocupación de las tropas nacionales de las tierras catalanas... Pero esto ya es tema para otro artículo. A lo que iba yo es que el joven escritor catalán ha tenido que, en su mayoría, hacer lo siguiente para poder escribir: primero, escribir en castellano. Segundo, notarse encorsetado, pobre y ridículo. Tercero, descubrir que con el catalán escribe con más "naturalidad". Cuarto, descubrir que no sabe nada de nada de su propia lengua. Quinto, ponerse a aprender, como un niño o una niña de diez años, la ortografía, morfología y sintaxis del catalán. Y sexto, darse cuenta, **hé-las!**, que se va a morir de hambre si



Manuel de Pedrolo.



Pere Quart.



Juan Marsé.

nuestros intereses específicos, existe una problemática teórica y práctica que rebasa nuestras posibilidades de decisión y que atañe a todos los ciudadanos de los Países Catalanes. Como decía el novelista Oriol Pi de Cabanyes en el diario *Avui*, hay que insistir mucho en la clarificación de conceptos básicos como es el hecho de los Países Catalanes. Es evidente: los escritores catalanes tenemos que discutir "políticamente" de todo lo que atañe a nuestra relación con la sociedad en que vivimos. No somos, como cualquier escritor de cualquier parte del mundo, sólo creadores que vivimos en permanente conflicto con nosotros mismos y con nuestra sociedad, sino que, además, tenemos que partir del puro abecedario en cuanto a nuestra definición. Antes que cualquier otra cosa, hay que saber y responder sin ambages a la definición de escritor catalán, definición que se aprobó por entusiasta unanimidad en la famosa asamblea-ambulante de 1973 y que fue corroborada en la reciente reunión de Gandia.

Esta definición dice así: "... son escritores catalanes los que escriben y publican sus obras de crea-

ción de la óptica de esos últimos cuarenta años, y sobre el caso de la cultura catalana conviene, sobre todo, que lo hagan algunos intelectuales de izquierda no catalanes, esta definición hubiera sido completamente normal, y acaso innecesaria, antes de 1939. Antes de esta fecha, el escritor catalán no sentía, como ahora, esta urgente necesidad de definirse. La pérdida de la propia identidad la ha sentido el escritor catalán muy vivamente por la simple razón de que su vehículo de expresión y de creación era precisamente lo que, en la superficie, era más perseguido: su lengua. La lengua, además, no era sólo perseguida, sino degradada, deteriorada. Si escritores en lengua castellana como el gallego Cela se quejan de la deterioración del castellano ante la barbarie lingüística yanqui, imagínense lo que ha representado para un escritor catalán escribir en su lengua, una lengua que hasta el propio gobernador civil de Barcelona, el señor Sánchez Terán, le dijo a la que firma este papel que era "tan rica y tan ejemplar". Una se pregunta si valía la pena, para llegar a esta definición hecha por un reformista, armar la que se armó

sigue escribiendo creación en su propia lengua para, a pesar de todo, seguir haciéndolo. He hablado de los que nacieron después de 1939. Hay que hacer aquí una distinción. Los que ya escribieron antes de 1939, como el caso de *Esplu*, tuvieron que proponerse "salvar" la lengua a través de su escritura. Los que nacieron antes pero empezaron a escribir después, tuvieron que tragarse muchos sapos al ver cómo sus obras morían de inanición durante años en los cajones, cómo eran deterioradas, censuradas, transformadas en puras sinopsis, y este fue el caso de los novelistas Capmany y Pedrolo. De todas maneras, no voy a caer en la eterna lamentación de los "marginados" y "discriminados" periféricos —según el lenguaje jocoso de Madrid—, pues la generación posterior a los años cincuenta no ha tenido que hacer, en su mayoría, esa reconversión cerebral del trasvase de una lengua a la otra como los de la generación anterior. Y esto es síntoma de que las cosas han cambiado mucho en diez años.

En esta definición del escritor catalán es en donde se ve más clara la relación de cultura-lengua y la

